

idea de que no nos quiera quien queremos que nos quiera. Si un aprendizaje central nos da la adolescencia es que no necesariamente te va a querer quien pretendemos que nos quiera. Esto se sufre en la adolescencia o en la primera madurez. En la adolescencia, quizá, no lo padecí tanto; pero a los 22 años, cuando sentí que estaba enamorada de un hombre como de nada en la vida, ese hombre me dijo: yo de ti no. Es difícil crecer con eso. Te puedes reponer de una, pero no de todas. Recuerdo, también, otra cosa que me marcó mucho. Mi mamá, a veces, podía ser implacable. Ella, cuando se disgustaba conmigo, decía que no me quería. Yo juré que jamás le iba a decir algo así a mis hijos, nunca. Recuerdo eso y todavía me da escalofríos. Yo le preguntaba muy preocupada y dolida qué tengo que hacer para que me quieras. Mi hermana, en cambio, que tenía un año menos que yo y creció en el mismo ambiente, cuando mi mamá le decía no te quiero, le contestaba: pues no me quieras. Es decir, esto no tiene que ver con la educación o el ambiente, sino con la manera de ser de cada persona. A mi hermana no le importaba o tenía la fortaleza suficiente para sobreponerse al hecho de que le dijeran que no la querían y, en consecuencia, hacía lo que le daba la gana. Llega un momento en el que uno debe aprender, y eso aprende Catalina, que aunque una haga lo que los demás quieren, igual pueden no quererte. Por lo tanto, una tiene que saber quién es y qué desea hacer consigo misma y con su destino, te quieran o no.

*—¿Cree usted que el mayor amor del hombre es el poder y el mayor poder de la mujer es el amor?*

—Alguna vez oí una frase que dice: los hombres son lo que hacen y las mujeres son lo que son. A lo mejor eso es verdad. Pero otra vez volveríamos a la cuestión del género. Yo no estoy segura de que no haya mujeres a quienes les apasiona el poder y que están, por supuesto, mucho más interesadas en el poder que en el amor; y, además, dispuestas a entregar su vida para conseguir el poder, aun a través del amor o por medio de vivir con quien posee el poder. También hay muchos hombres que optan por el amor, por ejemplo, José Alfredo Jiménez, que murió desangrado por amor. ¿La pasión de José Alfredo Jiménez era el poder? No, era el amor. Son modos de ser que nada tienen que ver con el género.

*—En Arráncame la vida la ficción asume la forma de una autobiografía. ¿Esto se debe a que es una manera más directa de transmitir lo que quería contar?*

—Sí, es una novela autobiográfica, escrita en primera persona. Por eso, es una novela que no puedo repetir. Había comenzado a escribirla en tercera persona, con una voz mucho más omnipotente que la de Catalina. Pero cuando me di cuenta de que había muchas cosas que yo no sabía y que no las iba a saber nunca, empecé a probar la primera persona, y di con Catalina, y Catalina, la protagonista, se volvió la voz que narra esa historia. Yo tuve un problema grande cuando la terminé, porque si yo soy una escritora, pero en mi primera novela había entregado una voz narrativa que no era yo, sino el personaje, ¿ahora yo quién era? ¿Ahora cómo escribo? Tuve la buena fortuna de darme cuenta de que una novela en primera persona con el tono de *Arráncame...* ya no podía hacerla. Entonces, escribí los cuentos de *Mujeres de ojos grandes* y conseguí a otras lectoras diferentes a las que había captado con la novela. Es rarísimo. Sobre todo en Argentina, España e Italia mucha gente creyó que *Mujeres de ojos grandes* era mi primer libro, porque entró primero este libro y entró por otra editorial diferente a la que publicó *Arráncame...* Además, la novela no se vendió en estos países hasta después del éxito que alcanzó el libro de cuentos, porque las lectoras de esos países entendieron mejor y les interesó más el tono de *Mujeres de ojos grandes*.

—*En una entrevista publicada en México, usted dijo que su primera novela es un tango que se puede leer como bolero. Al tango le corresponde la truculencia de la historia y al bolero el sentido del humor que la atraviesa. ¿Sigue creyendo esto?*

—Bueno, debo tener cuidado con este tipo de declaraciones; seguramente, lo dije jugando o en broma. En primer lugar, ahora no sé si los boleros tienen tanto sentido del humor como yo creía. Por otra parte, los lectores vuelven a hacer el libro, porque yo no me propuse ciertas cosas que los lectores y críticos encuentran en mi novela. Lo que dicen siempre es de agradecer, cuando hacen una lectura rica. Pero lo que me propuse cuando escribí *Arráncame la vida* era contar la historia del cacique de Puebla y la historia de la educación sentimental de Catalina. Si el resultado está emparentado con un bolero o con un tango es algo que no me propuse.

—*Usted ¿a quién se dirigía en esta novela, a los Andrés Ascencio o a las Catalinas de México?*

—No sé a quién me dirigía, creo que ni a unos ni a otros. Sí, tal vez, acabé hablando de las actitudes de Catalina que puede haber en otras mujeres; de

los miedos y las audacias que yo tenía adentro, y que puse en Catalina. Uno escribe para muy poquitos lectores, yo no tenía idea de para quién escribía; escribía porque tenía la urgencia de contar esa historia y ganas de quitármela de encima, porque me gustaba y me obsesionaba mucho, pero mentiría si dijera que tenía claro quiénes era mis lectores. Por entonces, sólo tenía a los lectores del periódico para el cual trabajaba. Lo que ocurrió fue lo siguiente: mi mamá vivía hablando de ese cacique. En mi familia se vivía hablando de los rigores y de las barbaridades de esa época. Cuando yo nací hacía dos años que se había muerto el cacique que, luego, convertí en Andrés Ascencio, aunque no era tan simpático como Andrés, porque Andrés puede tener momentos en los que resulta hasta entrañable. Pero alguna gracia habrá tenido el verdadero cacique y, sobre todo, fuerza, porque había mucha gente seducida por él, no solamente por su poder, sino por su modo de hablar y de ser. Y la gente vivía hablando de eso. Durante toda mi infancia seguí oyendo hablar de él. Cuando yo tenía treinta años y empecé a indagar para escribir esta historia y le preguntaba a la gente sobre este hombre, que se había muerto hacía 32 años, bajaba la voz. Cuénteme de Maximino Vila Camacho, les decía yo, y la gente se intimidaba, hablaba bajito, no fuera que Maximino los oyera, ese Maximino que hacía más de tres décadas que estaba bajo tierra. Le llegaron a tener tal horror. Y a mí me resultó de lo más atractivo inventar una mujer capaz de enterrarle. Esa mujer, en mi cabeza, era mi ciudad, mi sociedad entera diciendo basta de que nos gobierne y nos dirija gente así, basta de seguir todos teniéndole miedo.

*—De esta novela, ¿a qué le otorgaría usted mayor importancia, al triunfo del amor o al de la libertad individual?*

—Diría, más bien, que a la libertad individual. Porque el amor, a Catalina, se lo devastó la vida finalmente. El mayor logro de la protagonista radica en que ella puede consigo misma. Por eso, es el triunfo del conocimiento personal.

*—Pero es una libertad que le llega por viudez, cuando el general Ascencio muere.*

—No, Catalina ya estaba libre desde antes. Porque es libre desde el momento en que concibe que ella puede matar a Andrés Ascencio. Además, hacia el final, ya aprendió a vivir sin él, aprendió a pensar sin él como su única posibilidad. Hay una escena en la que Catalina trata de librarse de él

y se va de la casa, se sube a un camión y, a las dos horas de viajar, dice qué horror, yo no puedo hacer esto, yo no tengo destino, quién soy, y regresa. Pero hacia el final del libro, aunque Andrés no hubiera muerto, Catalina se habría podido ir de la casa y hacer su vida.

*–Eufemismos tales como llamar «Pepa Flores» a la menstruación, cosa que hace uno de los personajes en Arráncame la vida, ¿demuestra acaso que las mujeres latinoamericanas son más pacatas o reprimidas que, por ejemplo, las españolas?*

–Alguna mujeres en México llamaban así a la menstruación; no sé por qué, me parece un nombre horrible. Pero esto es de hace cuarenta años, ahora no. Yo no creo que la sociedad latinoamericana sea reprimida, por lo menos la que conozco más de cerca, como la mexicana y la argentina.

*–Hay escenas muy teatrales en Arráncame la vida, cuando Catalina está en la tina tomando un baño y se habla a sí misma y se pregunta si se va o no con Carlos Vives, el amante, o cuando refiere sus pensamientos ante el cadáver de su marido. ¿Ha tenido el teatro alguna influencia en usted?*

–Probablemente, yo misma soy teatrera. Sí, me gusta mucho el teatro, aunque pienso que en mi novela hay escenas más de cine que de teatro. Por otra parte, creo que en el tardío siglo XX, un escritor no puede decir que no está tocado por el cine. Yo veo más películas que leo libros. Para qué voy a inventar que leo más, no me da tiempo. Yo no leo tres libros a la semana, pero sí puedo llegar a ver tres películas y más. Bueno, sí leo varios libros, pero pedazos de ellos. Es decir, releo un párrafo de Borges, que ya sé en qué página está, o fragmentos de otros autores que me gustan. También leo mucho cuando soy jurado de algún premio, como el Rómulo Gallegos.

*–La «libertad» de Catalina, manifestada sobre todo a nivel del lenguaje, un lenguaje, por momentos, muy desenfadado, ¿es una licencia de su clase social?*

–Catalina no habla así, piensa así. Ella está, supuestamente, verbalizando y contando una historia sobre un medio en el que se habla así. Cuando Catalina reflexiona, cuando cuenta, cuando escribe el libro se permite las audacias que se permite su medio. En realidad, habla como Andrés Ascencio.